

RÉPLICA
DE AVES Y ESTATUAS:
RESPUESTA A ALAN KNIGHT

Eric Van Young
University of California, San Diego

Nuestro único deber para con la historia, es el de describirla. Y no es ésta la menor de las tareas que aguardan al espíritu crítico. Cuando hayamos descubierto las leyes científicas que rigen la vida nos pecataremos de que la persona que alimenta más sueños que el soñador, es el hombre de acción. Ciertamente, desconoce tanto el origen de sus actos, como sus resultados.

Oscar WILDE, "The Critic as Artist" (1890)

Mi difunta madre, magnífica pintora profesional cuyas obras se exhibieron extensamente, me comentó, en cierta ocasión, que los críticos son para los artistas lo que las aves para las estatuas; o, para expresarlo en forma matemática, más visual, críticos/artistas=aves/estatuas. Por su parte, Oscar Wilde escribió estupendamente del crítico *como* un artista; es decir, consideraba que la facultad crítica del artista no sólo informa acerca de la creación artística (lo que es bueno, verdadero, bello, y lo que no lo es), sino que también la crítica de obras literarias o artísticas (y esto

podemos hacerlo extensivo a la escritura de la historia) puede ser una empresa creadora y constructiva. Aun cuando yo no soy estatua, ni el profesor Alan Knight un ave, creo que su prolongada visita a mi libro, *The Other Rebellion: Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821* (Stanford University Press, 2001),¹ ha oscurecido ciertos aspectos del estudio, en lugar de iluminarlos. Por otra parte, ha planteado algunos agudos interrogantes sobre la obra —acerca de su estilo, métodos, pruebas, estructura conceptual, argumento—, fundándose en sus reflexiones como historiador, sus propias y excelentes contribuciones a la historiografía mexicana, y su profundo conocimiento de México. Más allá de sus críticas concretas a mi libro, el ensayo de Knight suscita, implícita o explícitamente, ciertas cuestiones sobre teoría, método e interpretación, muy debatidas últimamente en el ambiente académico estadounidense, y que mayormente giran alrededor de la escritura de obras de historia cultural. Además de aplicar su talento crítico a un libro que él califica de importante y muy original, Knight lleva adelante dicha discusión con un grupo de interlocutores nombrados o anónimos, en la cual me incluye. Se muestra muy explícito a este respecto, tanto en el texto de su artículo como en las notas de pie de página, pero quienes lean su ensayo deberán percatarse de que, ya desde el principio, ha adoptado su posición en este debate.

The Other Rebellion es un libro muy largo y complejo, y el profesor Knight lo ha tomado muy en serio, por lo

¹ A principios de 2005 saldrá la versión en español, publicada por el Fondo de Cultura Económica.

que su ensayo crítico es consiguientemente largo y complejo. Si lo he comprendido bien, parece que lo que encuentra censurable, entre otras cosas, es en primer lugar, la complejidad del libro (de donde se sigue su longitud), en el sentido de que su estructura es analítica y la narración carece de un hilo único y claro, pues comienza en 1810 (o 1808) y termina en 1821, lo que une más aspectos del movimiento independentista que la mera acción de los pueblos indígenas rurales de la Nueva España. A Knight le parece que las comparaciones con la revolución americana, la revolución francesa y la de México, que figuran en el último capítulo del libro, son apropiadas e iluminadoras, aunque opina que tal vez hubiera sido más pertinente un tratamiento sistemático de la violencia en gran escala en la Sudamérica andina, que abarcara el periodo que va desde el movimiento de Juan Santos Atahualpa a los de Tupac Amaru y Tupac Catari (1742-1782), llamado “La edad de la insurrección andina”, que incluso se extendió hasta comienzos de la década de 1820.² Tampoco se ocupa de incluir en su crítica la larga exposición de las teorías sobre revolución y protesta que figura en la introducción. Por tanto, no es la contextualización ni la comparación en el sentido histórico más amplio lo que echa de menos, sino una cronología comprensiva. Suponiendo que se tratara de una censura legítima, y creo yo que no lo es, yo no podría rescribir el libro para tomarla en cuenta. Para bien o

² El término “Era de la Insurrección Andina” está tomado del ensayo de Steve STERN, “The Age of Andean Insurrection, 1742-1782. A Reappraisal”, que aparece en la obra editada por Steve J. STERN, *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries*, Madison, University of Wisconsin Press, 1987, pp. 34-93.

para mal, la obra tiene que valerse por sí misma. Así pues, no tendría sentido enunciar de nuevo mis argumentos, agregar nuevas pruebas o proceder a la amplia defensa de mis argumentos. En cambio, el propósito de este ensayo es el de explicar por qué hice ciertas cosas como las hice, y corregir ciertas malas interpretaciones del libro que se han colado en el comentario que de él hace el profesor Knight. Pero, puesto que Alan Knight ha arrojado el guante de la crítica, y dado que yo no habría escrito este ensayo de no ser por sus críticas, me apegaré en mayor o menor grado a la organización de su crítica a fin de que los lectores puedan seguir ambos textos paralelamente, aun cuando no me ocuparé de la totalidad de sus puntos más importantes con igual hondura, y dejaré de lado por completo algunas de sus críticas. Para empezar, debo decir que encuentro muy halagüeña la profunda atención prestada por Knight a mi libro, y que mucho me satisface la invitación de los editores de *Historia Mexicana* a responder a su ensayo.

EL HOMBRE DE PAJA DEL POSMODERNISMO

En las páginas iniciales de su ensayo, además de dedicar a mi obra algunos cumplidos muy halagadores, el profesor Knight plantea una pregunta interesante y válida (N. B.: *La pregunta* es válida, no así —a mi juicio— *la respuesta* que da, por vía de crítica), referente a la ausencia, en el libro, de lo que él denomina “gran narrativa”. A su juicio, esta ausencia se debe no solamente a la estrategia analítica de la estructura de la obra, sino también al hecho de que me haya inclinado hacia el posmodernismo y de que haya adoptado un enfoque firmemente cultural para comprender

la participación popular en la insurgencia de 1810-1821. Me ocuparé primero del calificativo de “posmoderno”, relativamente fácil de eliminar, y después pasaré a la cuestión de la narrativa, mucho más seria, y que apunta a ciertas elecciones estratégicas que preferí mientras escribía *The Other Rebellion* —elecciones que, a mi ver, reflejan la naturaleza misma de los acontecimientos históricos que expongo en el libro.³ El de la historia cultural es un tema en

³ De paso, Knight menciona también algunos errores en el libro, que califica de “triviales”, pero a los que dedica una nota de pie de página, con todo y su trivialidad. Está en lo cierto al señalar que me equivoqué de siglo en el caso de Samuel Pufendorf (1632-1694), y que en mi texto (p. 461) su nombre está mal escrito “Puffendorf”, aunque en el índice (p. 697) está correctamente escrito. Además, si bien es cierto que Tepic no es una ciudad costera (p. 455), fue durante mucho tiempo el centro administrativo de un extenso distrito que abarcaba mucho de lo que hoy es la esquina suroeste del estado de Nayarit, y parte de la costa de Jalisco, y su relación estratégica con el puerto de San Blas, en el Pacífico, por razón de su relativa proximidad, le dio una orientación decididamente costera, sobre todo en las postrimerías de la época colonial. En cuanto al libro de Kevin GOSNER, *Soldiers of the Virgin: The Moral Economy of a Colonial Maya Rebellion*, Tucson, University of Arizona Press, 1992, es verdad que la famosa rebelión maya que él relata ocurrió en 1712, pero la mayor parte de la obra de Gosner se ocupa de los antecedentes del movimiento, en el siglo XVII, como cabría esperar, de modo que es hasta el capítulo 6 (ya cerca de las tres cuartas partes de su libro) que llega a la rebelión. El profesor Knight califica de “modesto” este número de errores en un libro tan extenso, y reconoce que su presencia no afecta los argumentos básicos en una u otra forma. Entonces, un modesto número de errores difícilmente desacreditará los recientes volúmenes publicados por Knight sobre la historia de México. En el volumen dos, *México: The Colonial Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, de la proyectada obra, se refiere erróneamente al famoso terrateniente peninsular y golpista de 1808, Gabriel de Yermo, como Guillermo de Yermo (p. 294), y al padre de la independencia de México, como Miguel del Hidalgo (p. 296), aun cuando su nombre apa-

el que, muy probablemente, Knight y yo jamás estaremos de acuerdo, y al que haré referencia a lo largo de mi ensayo, en particular hacia el final.

No está claro quién me embarró con la brocha del posmodernismo, según se expresa el profesor Knight (la voz pasiva en que se expone este juicio sugiere que no fui yo, sino algún otro), salvo que haya sido él mismo, si bien tiene el cuidado de no ir tan lejos. A decir verdad, la reacción provocada por *The Other Rebellion*, conocida por mí en conversaciones con otros historiadores y en comentarios publicados hasta la fecha, censura al libro por su obsesivo empirismo, su atención a los detalles más nimios y la redundancia de la evidencia que presento en él (tanto en el sentido de su repetición para establecer una propuesta, y en el sentido de triangular partiendo de distintas evidencias a fin de apoyar una argumentación). No se trata de los rasgos eruditos de lo que suele considerarse comúnmente como un enfoque posmodernista de la escritura de la historia.⁴ De hecho está aquí en juego una especie de macartismo intelectual, con la casual invocación (N. B.: no empleo el término “acusación”, dado que no considero al posmodernismo como un crimen) del posmodernismo para desacreditar los enfoques eruditos que a uno no le complacen. Si bien sería excesivo meternos aquí en una larga discusión acerca de lo

rece correctamente escrito en el índice del libro, como me sucedió a mí con Samuel Pufendorf en *The Other Rebellion*.

⁴ En el debate acerca de la “nueva historia cultural” tampoco adopté una posición posmodernista, ni nada parecido al “relativismo casual” que Knight encuentra tan prevaleciente. Véase, por ejemplo, mi artículo “The ‘New Cultural History’ Comes to Old Mexico”, en *The Hispanic American Historical Review*, 79 (1999), pp. 203-239.

que posmodernismo es y no es, y de cómo se vería en una obra histórica, la referencia que Knight hace al respecto, como de pasada, merece comentarlo.⁵

A mi juicio, en su ensayo sobre mi libro, el profesor Knight ha propendido a combinar las influencias posmodernas en la obra histórica, con la producción de historia cultural. Si bien suele vérselos en el mismo vecindario, no *necesariamente* viven juntas. Es muy cierto que la historia cultural ha inyectado un poderoso elemento de relativismo en las obras históricas sobre México (como en las referentes a otros países), apartando la mirada de muchos académicos de los relatos catastróficos o triunfalistas, de la crónica política y de las mediciones escalares enfocadas en conceptos explícita o implícitamente unilineares del desarrollo económico, político y social, y hacia indagaciones hermenéuticas o interpretativas en las que el estudio de las sociedades se lleva a cabo más en sus propios términos que teniendo en cuenta la clase de meta-narrativas o grandes narrativas que, a juicio de Knight, están ausentes de mi libro. Otrora tenidos por inaccesibles para el historiador, o simplemente considerados de ningún interés, los temas de estudio más nuevos incluyen los procesos mentales colectivos (e incluso individuales), diferentes tipos de sensibilidad y sistemas de significación (religión, género, etnicidad), rituales, celebraciones y formas de sociabilidad, mecanismos de la reproducción social del conocimiento, la construc-

⁵ El párrafo que sigue está tomado de mi artículo "Two Decades of Anglophone Historical Writing on Colonial Mexico: Continuity and Change since 1980", en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, que aparecerá en el número del verano del 2004.

ción de identidades de grupos, etcétera, etcétera. En mi caso, yo intenté añadir a este inventario el estudio de los movimientos sociales en gran escala y la violencia política, que no suelen ser objeto típico de estudio desde esta perspectiva. Desde luego, a estas fechas se desarrolla un acalorado y bien conocido debate entre los académicos, sobre si esta moda cultural ha sido una tendencia positiva o negativa para la historiografía mexicana, concretamente, y en general, si la práctica de la historia como un todo, en Estados Unidos, se salió del camino en el viraje lingüístico y se estrelló al salirse de la valla epistemológica de seguridad.⁶ Cualquiera que sea nuestra opinión al respecto, es innegable que en el curso de los últimos diez o quince años la historia cultural (y la historia social y la historia subalterna con la que está aliada, y de la que —en la práctica— resulta imposible distinguirla) ha alcanzado un lugar prominente en los escritos anglófonos sobre México (e incluso ha logrado introducirse en los escritos de académicos mexicanos acerca de la historia de México), delimitando para sí ciertos campos, y volviendo a visitar otros con algunas nuevas preguntas.

Empero, a pesar de su influencia y de su creciente visibilidad, la historia cultural no ha acabado, ni mucho menos, con los restantes géneros o enfoques, ni tampoco ha

⁶ Además de mi propio artículo publicado en *The Hispanic American Historical Review*, citado en la nota 4 precedente, véanse en la misma revista las colaboraciones de Mary Kay Vaughan, William French, Steve Haber, Susan Socolow, Claudio Lomnitz y Florencia Mallon. Knight contribuyó al debate con su artículo, "Subalterns, Signifiers, and Statistics: Perspectives on Mexican Historiography", en *Latin American Research Review*, 37 (2002), pp. 136-158.

arrastrado este campo a un pantano de posmodernismo, como mucho temen algunos académicos. Los historiadores anglófonos de México siguen múltiples caminos y continúan practicando las formas más tradicionales de la historia social, historia económica de orientación neoclásica, prosopografía, historia intelectual (en cantidad escasa), etcétera, etcétera. Por otra parte, algunas obras que caben muy bien en el género de historia cultural o quizá historia social con un componente cultural, suelen ser bastante tradicionales. Yo situaría mi libro en un lado de este espectro, más bien en el extremo cultural, desde luego, pero nunca en una categoría significativamente “posmoderna”. En general, y parafraseando el agudo comentario de Mark Twain acerca de que los rumores sobre su muerte eran sumamente exagerados, las acusaciones, históricas o desdeñantes, de posmodernismo en el campo de la historia, han exagerado su influencia. Si por posmodernismo entendemos la desnaturalización (pero no el desmantelamiento), por los académicos, de teleologías y meta-narrativas como una inevitable madurez colonial, como un progreso liberal, o el desarrollo del capitalismo, estrecha atención a las sutilezas del lenguaje y los símbolos (porque no es en manera alguna verdad que los símbolos puedan significar lo que al observador le parezca que debería significar), y métodos que de manera concomitante pongan énfasis en los conocimientos locales, en una gruesa descripción (recursos que —de todas maneras— han figurado siempre entre las herramientas de los historiadores sociales), y múltiples narraciones coincidentes, en tal caso, será innegable que la influencia posmodernista sea rampante en la historia cultural. Pero, si por posmodernismo entendemos la in-

roducción de un relativismo epistemológico totalmente radical, la negación de la realidad externa, o la indiferencia a la crítica de la evidencia aduciendo que toda evidencia, por estar mediatizada por un lenguaje inherentemente inestable, no es sino un punto de vista codificado, en tal caso, digo, el lector de obras históricas recientes acerca de México (incluida la mía) se encontrará con que los autores son más modernistas que posmodernistas y por cierto muy conservadores. Entre las preguntas críticas más útiles acerca de la historia cultural, están las siguientes: ¿Nos permite avanzar en el estudio de los campos del pensamiento, la expresión y la conducta, inaccesibles por otros medios? ¿Funciona como un sistema de explicación? ¿Es susceptible de confirmaciones razonablemente probatorias? ¿Nos dice algo interesante acerca de la historia de México?

LA GRAN NARRATIVA VS. LA ANTI-NARRATIVA

Hasta cierto punto, el profesor Knight está en lo correcto al señalar que no dediqué una buena parte de mi libro a emprender una gran narrativa sobre la independencia de México, es decir, una historia con principio, desarrollo y final, siguiendo en orden cronológico los acontecimientos del periodo 1810–1821, e incluyendo una serie de exposiciones de causa y efecto para explicar cómo fue que los acontecimientos posteriores se derivaron de los anteriores. Tal cosa no es el resultado de lo que pudiéramos calificar de “desviación empírica” (*empirical drift*) por mi parte, es decir, la pérdida de control sobre el material; es en realidad, el producto de una estrategia explícita más adecuada,

a mi juicio, para el tema de la insurgencia popular. Como lo señalé en el libro, y como lo saben todos los estudiosos de la historia de México, existen numerosas obras históricas que ofrecen ese tipo de gran narrativa que el profesor Knight parece echar tanto de menos, empezando por los magistrales libros de Lorenzo de Zavala, Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán, en la segunda mitad del siglo XIX, para continuar en la primera mitad del siglo XX con los estudios de Luis Villoro, Ernesto de la Torre Villar, Brian Hamnett y Jaime E. Rodríguez O., entre muchos otros. Cuando empecé a proyectar mi libro, hace más de veinte años, no tenía muy claro el que otra obra de esa índole pudiera añadir mucho a la historiografía de la independencia de México, por contraste con una investigación detallada que iluminara algunos de los rincones más oscuros del periodo. A mi juicio, uno de los aspectos más importantes entre los que se han descuidado es la participación del común de los campesinos en la insurgencia, y que en el saber común se piensa explicada (a pesar de las dudas que el profesor Knight abriga acerca de mi caracterización de la historiografía sobre este punto) por alianzas entre clases y entre etnias, forjadas entre dicha gente y los líderes mestizos y criollos, con el fin de acabar con el régimen colonial. Entonces, todavía más importante que mi deseo de evitar las trilladas sendas de la gran narrativa, era el hecho de que mis metas y mis métodos estaban más informados por los intereses del historiador social que por los del estudioso de la economía política o de las grandes estructuras políticas. Debo añadir que mi interés por la historia cultural surgió más adelante, cuando me vi frente a ciertos problemas imposibles de resolver, que surgieron de

los enfoques socioeconómicos a la cuestión de la participación popular. En la introducción del libro se hace alusión a la evolución de mis ideas en este punto.

Mantengo la convicción de que las grandes narrativas oscurecen algunos de los aspectos más importantes de los grandes acontecimientos o periodos históricos al enfocarse, en un plano demasiado elevado, en los actores históricos, al tratar de aplicar los conocidos resultados de los grandes movimientos sociales (lo que he calificado en mi libro de “resultantismo”) descuidando —en cambio— los procesos que los produjeron, e infiriendo de dichos resultados la composición de los movimientos mismos. Yo opté por fijarme en la experiencia de la gente del común y en las contracorrientes de protesta y cambio que pudieran haberse agotado antes de que un resultado mayor quedara claro (en este caso, la independencia del dominio de España y la creación del Estado mexicano). Para bien o para mal, tomé como modelo algunas de las grandes obras de la historia social europea, muchas de las cuales se citan o se comentan en las páginas de mi libro. Entre ellas figuran, por ejemplo, las obras de Albert Soboul, George Rudé y Charles Tilly acerca de la revolución francesa; todas ellas se ocupan de las formas en que grupos de gente ordinaria participaron en una serie de hechos históricos, cuya historia ya había sido relatada en un sinnúmero de obras de gran narrativa, que se inclinaba a glosar el papel de las “masas revolucionarias” favoreciendo la observación de la alta política.⁷ Ni tampoco surge este enfoque de un impulso demótico o reaccionista que se hubiera apoderado de mí, como suele

⁷ Albert SOBOUL, *Les Sans-culottes parisiens en l'an II; mouvement*

en ocasiones aducirse de algunos trabajos sobre historia subalterna o poscolonial; antes bien, es fruto de la percepción de que los estudiantes de historia de México jamás comprenderían los procesos y resultados de las guerras de independencia sin examinar muy de cerca las contradicciones entre las aspiraciones populares y las proclamas de la elite. Dichas contradicciones, y sus causas, sólo pueden ser descritas mediante una cuidadosa atención a lo que decían y hacían los insurgentes de la clase popular.

La estructura analítica de la obra sirve a estos objetivos bastante mejor que la presentación de otra gran narrativa.⁸ Como queda implícito en mi libro (p. 93) al comparar la experiencia del fraile franciscano José Mancilla en la batalla de Las Cruces, en 1810, con la de Fabrizio, el héroe de *La Cartuja de Parma* (novela de Stendahl), en la batalla de Waterloo, apenas cinco años más tarde, tenemos muchas grandes narrativas de la épica derrota de Napoleón

populaire et gouvernement révolutionnaire (1793-1794), París, Editions du Seuil, 1968; George F. E. RUDÉ, *The Crowd in the French Revolution*, Londres, Clarendon Press, 1959, y el de Charles TILLY, *The Vendée: A Sociological Analysis of the Counterrevolution of 1793*, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1964, en lugar de las obras macrosociológicas posteriores del mismo autor.

⁸ El comentario de Alan Knight de que el enfoque del libro, analítico y sin narrativa, equivale a escribir una historia de la segunda guerra mundial a base de capítulos separados acerca de oficiales, tanques, submarinos, etcétera, pero sin un relato comprensivo, hace trivial la estructura del libro. De hecho, *The Other Rebellion* está organizado en grandes temas, tales como los antecedentes sociales y la experiencia individual de los insurgentes del común, el papel de los grupos dirigentes, y las formas de organización y movilización comunitarias, la violencia colectiva, y expresiones de ideología popular, categorías analíticas que difícilmente son del mismo orden, como las que él sugiere.

que no iluminan, ni bien ni mal, la experiencia del simple soldado en el campo de batalla. Tal es, también, el significado del pasaje del famoso ensayo de Oscar Wilde, "The Critic as Artist", citado en el epígrafe de este trabajo, con su precepto de lo que los historiadores han de hacer al escribir. La experiencia individual de la gente del común —en mi relato, mayormente campesinos indígenas— en la década de la insurgencia novohispana tenía que ser forzosamente caótica, sumamente impredecible y, con frecuencia, mal informada, ya fuera por un raciocinio ideológico demasiado complicado, antes y durante su participación, por el recurso de escribir las propias experiencias en hechos ya pasados, o mediante la organización de sus memorias por medio de los relatos escritos por otras personas, mayormente intelectuales. Por tanto, la meta que me puse, como historiador social, fue la de recuperar esta experiencia; mi meta como historiador cultural, darle tanto sentido como me fuera posible, y la extensión del libro fue el resultado del despliegue de las pruebas detalladas necesarias para representar convincentemente la variedad de esa experiencia. Después de todo, las grandes narrativas conllevan un alto grado de agregados con el propósito de comprimir, e incluso suprimir siquiera parte del caos presente en la experiencia histórica, con el propósito de producir un relato organizado, pero, lo que yo deseaba evocar era precisamente el caos, la variedad —"el zumbido de la realidad"— y a juicio del profesor Knight, logré bien la parte del caos. Casi todas las grandes narrativas que tenemos acerca de la independencia de México han organizado las cosas de manera que dejan fuera del relato a la gente ordinaria por considerar que su participación en ella —las

experiencias vividas, sus elecciones, las ideas que abrazaron— ya está contenida en el resultado del movimiento: la independencia de España y la creación de la nación mexicana. Entonces, al tratar de reubicarlos en el centro de su propia historia opté, pues, esencialmente, por construir una antinarrativa, quizá más en el estilo de la antropología histórica que en el de la épica histórico-narrativa.⁹ Como a fin de cuentas no se puede hacer todo, *The Other Rebellion* es una monografía enormemente hinchada, más que una historia sinóptica, como la obra del propio Knight, *The Mexican Revolution*.¹⁰

La crítica conexas expresada por el profesor Knight, de que mi descripción de la década de la insurgencia carece de todo sentido del cambio a lo largo del tiempo, es devastadora o irrelevante, dependiendo de cómo se lea el libro: mi opinión, obviamente, es que resulta irrelevante. De hecho, lo que *The Other Rebellion* trata es una suerte de estática histórica, en la que se subraya la continuidad de las formas de protesta popular a lo largo de más de medio siglo, más que su ruptura. A decir verdad, el libro examina los cambios sufridos en el transcurso de la década por las formas de acción popular colectiva, la respuesta de los realistas y la contra-reacción popular, así como la marea de las insurgencias regionales, con sus ascensos y descensos. También hace algo más que aludir, de pasada, al muy amplio marco narrativo en el que ocurrió la insurgencia po-

⁹ Véase, por ejemplo, de Brian Keith AXEL (comp.), *From the Margins: Historical Anthropology and Its Futures*, Durham, Duke University Press, 2002.

¹⁰ Alan KNIGHT, *The Mexican Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, 2 vols.

pular, rural, y en varias páginas (así como en la estructura general del libro) se une la acción popular colectiva a la configuración de la sociedad colonial tardía y a la historia política de la nueva nación y Estado en que se convirtió México. Repito, sin embargo, que la historia relatada por mí habla más de continuidad que de ruptura, en ella el cambio abrupto ocurre en el ámbito nacional, pero no en pueblos o caseríos, que fueron el foco de mi atención. Ni tampoco establece el libro que “la insurgencia logró muy poco”, como afirma Knight, sino que la insurgencia popular logró poco. Y menos aún encontré en la década de la insurgencia (aquí Knight cita a Shakespeare) “un relato de ruido y furia carente de significado” —“sin pauta, fundamento racional ni resultado discernible”, en palabras de Knight. A todo lo largo del libro pongo énfasis en las obstinadas formas de lealtad comunitaria y en la supervivencia en los pueblos entre la población rural indígena, en el entrelazamiento del pensamiento religioso y el pensamiento político y en la identidad étnica y las tensiones —estos son, entre otros, los conceptos que organizan la obra, y su descripción ofrece un enfoque más fructífero para explicar la insurgencia popular que el relato laborioso con principio, desarrollo y final. Para cerrar esta discusión, permítaseme tomar la libertad de citar mi propio texto (p. 141):

Fragmentación, evanescencia, deriva provocadas por las contingencias de los acontecimientos militares y políticos: tales son algunos de los rasgos más notables de la insurgencia mexicana de 1810-1821 en el plano local. Sin embargo, bajo el aparente desorden podemos detectar patrones de conducta unificadores entre los sectores populares que tomaron las

armas contra el régimen colonial, muy semejante a como la teoría del caos sugiere regularidades en los procesos, aparentemente fortuitos y erráticos del movimiento de los fluidos, la formación de las nubes, y los enjambres de estrellas. Tales patrones tienen más relación con las características perdurables de la existencia rural en México, generada a lo largo de dos o tres siglos, que con las contingencias de diez años de guerra interna dentro de la colonia, aun cuando esta última no debe descartarse.

ESTILO Y CONCEPTOS

El profesor Knight ha dedicado varias páginas de su ensayo a criticar mi vocabulario y mi estilo, en general, apartándose de la estructura conceptual del libro. Tales cosas están permitidas en una reseña, ciertamente, pero no puedo responder a todas sin agotar la paciencia de mis lectores. Tampoco tengo la intención de hacer confesión general acerca de lo que el lenguaje significa para mí, como escritor, o acerca de lo que me propongo en mis obras académicas, cuestiones éstas de gusto muy personal. Sin embargo, diré tres cosas acerca de mi manera de escribir que, lo reconozco, es compleja, llena de palabras polisílabas, no necesariamente de uso común por quienes escriben en inglés (o en español), y se distingue por una amplia gama de referencias culturales y tropos. La primera es que jamás he hallado ni convincente ni atractiva la doctrina (pues en tal se ha convertido en lo que respecta a cuestiones de estilo académico en Estados Unidos) de que las frases simples, a la Hemingway, necesariamente expresan el significado más claramente o con mayor elegancia que las oraciones complicadas y las expresiones metafóricas. La segunda es que

presto atención a las cualidades connotativas de las palabras, así como a sus cualidades denotativas, esto es, las palabras pueden connotar para el lector una serie de ideas relacionadas, pero denotar ideas concretas, susceptibles de una definición fácil y ajustada. Un ejemplo común tomado del diccionario que uso con más frecuencia cita la palabra "hogar", que tiene las *connotaciones* de familia, intimidad personal, etcétera, en tanto que *denota* el sitio donde se vive. El tercer punto es que, si bien trato de transmitir claramente el significado a mis lectores, también escribo para mi satisfacción y deleite, lo cual lleva consigo, frecuentemente, asociaciones culturales que están firmes en mi mente, y cuya comprensión por los demás, doy por sentada. Sin embargo, la dimensión personal no sobrepasa la meta de la accesibilidad, es decir, no soy poeta, y no juego al oscurantismo. Por ejemplo, hice una referencia a Leporello (p. 561, nota 87), el criado y factotum de Don Giovanni en la ópera de Mozart del mismo nombre, referencia que el profesor Knight encuentra oscura. Todo el que conozca la ópera sabe que Leporello es la personificación del sirviente astuto, al parecer cómplice de su inmoral amo, pero que lo desconoce con demasiada facilidad cuando se acerca el arreglo final de cuentas, y es ésta, precisamente, la asociación que yo trataba de evocar al describir la relación entre el padre don Mariano Ibarra y su criado. El que, según lo expresa Alan Knight, el libro está relativamente libre de "sandeces posmodernas", es, supongo, algo positivo, pero si un tal vocabulario hubiera servido a mis fines, habría recurrido a él sin vacilar.

The Other Rebellion usa buen número de palabras que, a juicio de Knight, oscurecen las ideas que quiero expresar,

en lugar de presentarlas claramente. Si hubiera querido emplear ese lenguaje más simple que él sugiere en algunos casos, lo habría hecho, pero a costa de la dimensión connotativa. Fuera de algunos errores que pueden haberse colado en el escrito, y del uso exagerado que —lo admito— hago de la palabra “resonar” y sus variantes, he dicho exactamente lo que quería decir. Citaré algunos ejemplos que en modo alguno agotan el catálogo de quejas del profesor Knight a este respecto, y explicaré por qué usé la palabra que usé. Permítaseme empezar con la palabra “feudalización”, por ejemplo, que aparece en numerosas partes del libro para describir la inconexa organización de los elementos rurales de la insurgencia. Por supuesto hubiera podido emplear el término “guerra de guerrillas”, tan usado para describir el movimiento de resistencia que se dio en España contra los invasores franceses, más o menos por la época del movimiento de la insurgencia en la Nueva España, y muchos otros movimientos insurgentes e incluso otros de liberación nacional que han ocurrido desde entonces. Dada su fragmentación espacial, las tácticas de ataque y retirada, su base popular y lo irregular de sus ejércitos, el movimiento insurgente en México podría describirse fácilmente en esa forma. Empero, decidí emplear “feudalización”, porque no sólo implica la “fragmentación” que a juicio de Knight —y está en lo cierto— expresa adecuadamente la situación de la insurgencia rural, sino también porque implica una jerarquía de mando *dentro* de la fragmentación, y ciertas formas de movilización en la campaña mexicana, que no son adecuadamente expresadas por el término “fragmentación”. La fragmentación está subsumida en la feudalización, por lo que no es

sinónimo de ésta, de modo que su uso comunica una dimensión horizontal, en tanto que feudalización añade una dimensión vertical.

Hay varios ejemplos más de palabras que Knight propone, que no son equivalentes de las usadas por mí. Una de ellas es “digerido” en vez de “metabolizado”; la primera significa convertir el alimento a una forma que puede absorberse, la segunda, llevar adelante el proceso biológico de esa absorción y derivar energía de él: es decir, hacerlo parte de nuestro ser, lo que, en mi sentido del término, es una transformación mucho más profunda. Y cuando Knight sugiere que “leer” es un equivalente de “metabolizar” (y hasta de “digerir”) en el sentido intelectual, quienquiera que haya dado clases, incluso a estudiantes de nivel de licenciatura, puede refutarlo: leer un libro no es lo mismo que digerirlo, ni mucho menos metabolizarlo. Para citar otro ejemplo, el profesor Knight sabe tanto como el que más (puesto que sus propias obras demuestran que está muy versado en la teoría social clásica europea) que el término “magnitud homóloga” viene de la descripción que hace Carlos Marx del campesinado francés en *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, donde lo califica de “saco de papas”. Decir que los miembros del bajo clero mexicano eran “confuso montón” carece de la dimensión connotativa que yo traté de invocar: el tono peyorativo y desdeñoso con frecuencia típico de los realistas al describir a los curas rurales que actuaban *en bloc* y que simpatizaban con los insurgentes. Ni significa “intracraneal” lo mismo que “intrapsíquico” según el uso que yo le doy, puesto que lo primero puede aplicarse tanto a eventos cognoscitivos y emocionales (en otras palabras, todo lo que la persona lleva dentro de la cabeza, consciente o incons-

cientemente), en tanto que lo segundo pertenece específicamente al campo emocional o afectivo, y lo mismo puede decirse, más o menos, de “interioridad”. En cuanto a “sobredeterminado”, uso el término cuidadosa y consistentemente a todo lo largo del libro, en el sentido psicoanalítico de tener cierto número de causas que contribuyen conjuntamente al mismo efecto, más que en el opuesto sentido marxista de la “causalidad abrumadora” de una causa en la producción de un efecto, según la definición de Knight. Lo que yo intento al usar ese término queda claro al principio del libro (p. 21), donde digo:

En tanto que la acción colectiva en un registro cultural surge de un ambiente social y simbólico penetrante y ordinario, local e histórico, es probable que también la acción esté sobredeterminada. En otras palabras, *pueden existir simultáneamente diversas razones que informen las conductas individuales o colectivas*, o funciones desempeñadas por ellas (sin cursivas en el original).

Por lo tanto, el profesor Knight no tenía que haber esperado hasta la página 402 para captar el significado de esta palabra. Además, no me consideré obligado a respetar el uso marxista del término, puesto que mi propio recurso a ella era compatible, correcto y de uso general. Hay muchas otras palabras usadas hoy en la historia y en las ciencias sociales que significan cosas muy diferentes en los distintos contextos: estructural, por ejemplo, que no quiere decir lo mismo para el economista, el antropólogo de cierta generación, para un seguidor de Lévi-Stauss, o para un académico del campo de los estudios culturales.

Por último, hiperestesia no tiene nada que ver con los conceptos psicoanalíticos, como insiste reiteradamente Knight, sino que proviene de un contexto médico. *The Oxford English Dictionary* la define como (de patología) “sensibilidad excesiva o mórbida de los nervios o de los centros nerviosos”, y le da un amplio significado, ajeno a la medicina, como “exceso de sensibilidad o susceptibilidad (en general)”.¹¹ Cuando utilicé el término, me referí explícitamente a él como un tropo, una manera de hablar, y de ninguna manera sugerí que fuera una descripción literal. Además, cuando el profesor Knight afirma que yo había pretendido valerme del término “como un puente entre la privación material y la acción colectiva”, malinterpreta el pasaje en cuestión. La “hiperestesia política” se describe allí como algo que podríamos denominar una “variable facilitadora”, antecedentes que fueron un factor importante para llevar a la población rural al umbral de la violencia política cuando surgieron *otras condiciones adecuadas*, pero no el detonador. Si el profesor Knight hubiera citado esta frase en su crítica, habría resultado más claro.

Además, esta tendencia estaba compuesta por factores coyunturales de plazo más breve, que influyeron positivamente en la propensión de la población rural a participar en la acción colectiva con el advenimiento de la crisis política de 1808-1810.

Knight, sin duda alguna, replicaría que mi lenguaje en este pasaje — “tendencia”, “influido” e “inclinación” — es de-

¹¹ *The Compact Oxford English Dictionary*, Oxford, Clarendon Press, 1991, p. 804.

masiado vago para servir como una declaración de motivo. Pero, ¿qué puede hacer el historiador en una situación como ésta, en la que ciertamente existían privaciones materiales, pero son pocas las pruebas, o no hay evidencia directa, que las ligue a la acción colectiva?, ¿o es que, simplemente, va a asumir dicha unión aunque no tenga pruebas de ello, porque las explicaciones causales materialistas lo dan por sentado? Al parecer es esto lo que el profesor Knight aconsejaría. Pero, en otro caso, ¿habrá el historiador de rechazar posibles conexiones, o deberá sugerir, en términos de una probabilidad razonable, una relación que si bien no es siempre visible o presente en todos los casos, puede haber sido importante?

El profesor Knight objeta con cierta extensión mi uso de conceptos psicológicos, sicosociales y sicoanalíticos en *The Other Rebellion*.¹² No puedo responder detalladamente a todas sus críticas, como tampoco podría hacerlo a todos sus comentarios sobre mi estilo literario y el uso que hago de las palabras. Pero me gustaría insistir aquí en dos puntos, uno concreto que se refiere al uso del concepto de

¹² Diré, de pasada, que el juego de impugnar a autoridades en otros campos, cuyas opiniones se invocan para explorar argumentos interpretativos o para apoyar explicaciones causales, puede proseguir indefinidamente e ir en ambos sentidos. Si bien Knight encuentra inapropiada o poco convincente mi confianza en Ludwig Wittgenstein, Clifford Geertz, Karl Popper, Claude Lévi-Strauss y Erik Erikson (y algunos otros escritores que no son historiadores, pero a los que cito), yo encuentro muy poco convincente su confianza en Ernest Gellner y Frederick Crews (sobre todo en este último, cuyos estridentes ataques a la teoría del psicoanálisis en las páginas de *The New York Review of Books*, desde hace ya muchos años, no pueden tomarse en serio) como críticos de psicoanálisis.

“división” (*splitting*) y otro más amplio acerca de la exploración de los aspectos psicológicos de la insurgencia popular en el México de principios del siglo XIX, y en la historia en general. Empecemos por “división”. Según él, la cuestión a la que se aplica este concepto es un “problema inexistente”, la aplicación del concepto es una “solución inexistente” y la teoría psicoanalítica resulta, más generalmente, “una importación peligrosa” en el campo de la historia, debido a sus “dudosas credenciales”. Permítaseme recordar brevemente a los lectores de este foro que hayan leído mi libro —y explicarlo a quienes no lo han leído— lo que está en juego en este debate. “División”, concepto tomado de la escuela objeto-relación de la teoría psicoanalítica, pretende explicar la ambivalencia que el niño siente y demuestra conductualmente hacia uno de sus padres, típicamente la madre, dividiéndola en una “buena” madre (la que cumple sus infantiles deseos y necesidades) y una “mala” madre (la figura que ocasionalmente le niega algo). Se trata de una operación psicológica perfectamente normal en los bebés, pero puede volverse patológica si se prolonga más allá de la primera infancia, puesto que en los adultos se convierte en inadaptación. En el contexto de una sociedad étnicamente estratificada, recurrí a este modelo para sugerir una explicación del hecho de que el rey de España, en este caso Fernando VII, pudiera ser venerado como una figura mesiánica por los insurgentes rurales, al tiempo que en la Nueva España los rebeldes perpetraban verdaderas matanzas de los españoles nacidos en España (los “gachupines”).

No concuerdo con el profesor Knight cuando afirma que la veneración de “El Deseado” (de esto nos ocupare-

mos luego más ampliamente) es un problema inexistente, y en cambio lo considero una paradoja fascinante y reveladora, como lo explico ampliamente en el capítulo 18 del libro y en buen número de otros ensayos míos ya publicados. Tampoco considero la explicación sicoanalítica que claramente califico de “tropo” —una figura de lenguaje, una analogía, un modelo que no tiene que traducirse literalmente del campo de la teoría de objeto-relaciones a la historia de la insurgencia mexicana— como algo “peligroso” o poco convincente, sino audaz y altamente sugerente. Tuve buen cuidado de ofrecer en el curso de mi libro (muy extensamente en las pp. 471-475, como también en muchas otras páginas y pasajes), no sólo mi propia explicación acerca de la forma del concepto de “división”, sino también de examinar otras posibles explicaciones para lo de “buen rey/malvado gachupín”, en particular las expuestas por los historiadores Virginia Guedea y Peter Guardino, que, por razones claramente expuestas, me parecieron inadecuadas para elucidar el fenómeno.¹³ Además, uní el concepto específico a una historia más extensa del antagonismo étnico entre los pueblos indígenas y los blancos, aunque *no* reduje explícitamente esas tensiones étnicas a factores psicológicos (p. 381).

Habiendo establecido que esa ambivalencia (las relaciones tanto positivas como hostiles entre indios y blancos) caracterizaba la vida social y afectiva, es necesario, no obstante,

¹³ Virginia Guedea, comunicación personal; Peter GUARDINO, *Peasants, Politics and the Formation of Mexico's National State: Guerrero, 1800-1857*, Stanford: Stanford University Press, 1996, pp. 57-58.

señalar que una *explicación sicosocial como ésta no lo explica todo* ni, por la misma razón excluye otros factores — más explícitamente conscientes o incluso materiales— de entre las causas del comportamiento colectivo. Por consiguiente, las exploraciones más convincentes de los motivos que llevan a la violencia colectiva dependen de interpretaciones a múltiples niveles que hagan justicia a las complejidades del comportamiento, y las condiciona a ambas de antemano (sin cursivas en el original).

También tuve buen cuidado de señalar que el concepto “división” se usaba como “una suerte de tropo prolongado”, en relación con los “chivos expiatorios” (p. 473).

Para que el mecanismo de deflexión/chivos expiatorios resulte creíble como una explicación de ciertas formas populares de pensar y actuar, tienen que haber existido en el campo mexicano otras condiciones que canalizaran su fuerza primordial. Es decir, que sin tomar en consideración otros factores sociales, la hipótesis sicosocial no puede explicar por sí misma que los españoles europeos fueran el objeto elegido por la violencia popular colectiva, como tampoco la posición puramente estructural del monarca hispano, sin referencia al papel tradicionalmente protector del rey frente a sus súbditos indígenas, puede explicar el carácter mesiánico del objeto elegido.

Para terminar, en una extensa nota de pie de página (la 64 en las pp. 637-638) subrayé el carácter tentativo del concepto de división.

No propongo este mecanismo literalmente como una explicación para este singular aspecto de la ideología y la violencia

populares, y ello por una razón obvia: que la hipótesis queda aún mucho más allá del alcance de la comprobación empírica que la mayoría de los saltos interpretativos. No obstante ello, el concepto “división” *ofrece una manera de pensar acerca* de las representaciones colectivas que ayuda a decodificar el discurso y el comportamiento públicos (sin cursivas en el original).

Así pues, presenté la idea de la división, no como una explicación causal, en el clásico sentido positivista, sino *como una manera de pensar acerca de un problema*, un “como si”, tipo de declaración que ayuda a conectar los puntos entre fenómenos observados. Esto lo hacen constantemente los historiadores y otros estudiosos de las ciencias humanas, empleando venerados conceptos y tropos que, examinados de cerca, no pasan la prueba de la aplicabilidad literal a la realidad observada. El concepto de “estructura social” es un ejemplo de esto, en especial cuando se le puede usar para hablar del “espacio” o “distancia” entre grupos sociales como son las distintas clases.

La cuestión más general de si es factible y útil aplicar conceptos y modos de pensar psicológicos y, concretamente, psicoanalíticos a las cuestiones históricas, es por demás interesante, aunque no es posible resolverla aquí. Al igual que en la prosecución de la historia cultural, se trata en parte de una cuestión de gusto. Aparte de esto, quizá estaríamos todos de acuerdo en que los enfoques psicológicos, y puede que incluso los psicoanalíticos, tienen sitios en la biografía. Al trazar el curso de una sola vida comprendemos que el “por qué” de determinado comportamiento de un determinado individuo no puede explicarse adecuada-

mente mediante el recurso a factores sociológicos únicamente; en otras palabras, esas explicaciones pueden ser “verdaderas”, pero no agotan las posibles explicaciones. Por otra parte, quizá todos concordaríamos en que la producción del perfil psicológico individual de todos los soldados rasos que participaron en la batalla del Puente de Calderón (enero de 1811), por ejemplo, nos diría muy poco de lo que deseamos saber, que es la razón de que unos 80 000 insurgentes hayan acudido a ese lugar, y cuál fue el significado de la batalla en el curso de la rebelión. Ahora bien, ¿por qué hemos de suponer que la experiencia individual o incluso la psicopatología carecen de importancia cuando los individuos actúan en masa? Porque ello equivaldría a suponer que los grupos de gente tienen sociologías y no psicologías. Knight parece objetar la invocación incluso de las explicaciones psicológicas más simples, como cuando comento (p. 357) la “naturaleza sicosocialmente regresiva de las multitudes”, concepto carente de problemas que podría descubrirse hasta en un libro de texto preparatorio sobre psicología social.¹⁴ Lo que yo intenté hacer para evitar que la sociología anulara a la psicología fue emplear una diversidad de enfoques psicológicos (y debo admitir que de todos ellos, el que encuentro más sugestivo

¹⁴ Mientras escribo, minuto a minuto gana fuerza y se agrava el escándalo acerca del mal trato dado por los estadounidenses a los prisioneros iraquíes en la cárcel de Abu Graibh, en Bagdad. Haciendo a un lado cuestiones de política general, de responsabilidades de la cadena de mando o la sistemática deshumanización de los prisioneros, basta escuchar el testimonio de los jóvenes soldados estadounidenses acusados, para comprender que casi todos parecen creer que jamás habrían perpetrado actos tan abusivos de no ser porque formaban grupos que se animaban mutuamente y toleraban su brutalidad.

es la teoría sicoanalítica) a fin de integrar la acción colectiva con la acción individual. En algunos casos esto es algo más profundo, cuando decidí que la evidencia lo ameritaba, como la sugerencia que hago en extenso ensayo acerca de él (pp. 286-306), de que el carácter del padre José Manuel Correa, sacerdote insurgente, puede muy bien haber estado construido como una cebolla, compuesto por una serie de personalidades superpuestas que se ajustaban a las distintas situaciones. En el caso de la paradoja “buen rey/malvado *gachupín*” utilicé el modelo de la división como un tropo para sugerir algunas maneras de ligar el comportamiento político, las diarias relaciones sociales y las tensiones étnicas en el ambiente rural mexicano. En otros casos intenté añadir una dimensión psicológica a los actores prominentes de la historia —los cuatro sacerdotes insurgentes (incluyendo a Correa) en el capítulo 13, por ejemplo, o Chito Villagrán en el capítulo 9— para evitar que se convirtieran en “tipos” planos, bidimensionales. A mi juicio, el historiador de un gran movimiento social como fue la independencia de México sólo puede dejar fuera del cuadro las biografías individuales, las ideas acerca del curso de la vida, la psicología —y, sí, incluso la ocasional mirada sicoanalítica— a riesgo de empobrecer grandemente el resultado.

Antes de pasar a la discusión de algunas de las críticas sustantivas que de *The Other Rebellion* hace el profesor Knight, me parece apropiado emitir algunos comentarios, de pasada, acerca de su propio estilo como crítico. Lo hago aquí, porque deseo que mi respuesta a sus críticas de mis argumentos más importantes quede despejada. Knight produjo un ensayo crítico detallado e incisivo, y leyó mi

libro cuidadosamente y —en muchas ocasiones— con precisión. Pero al citar numerosos pasajes de mi texto, ha distorsionado sutilmente mis opiniones al citarlas fuera de contexto, o simplemente no me entendió. Es cierto que ningún ensayo como el de Knight habría podido ser tan legible como lo es si en cada crítica hubiera citado largos pasajes en vez de seleccionar frases de mi propio libro, o si no me hubiera parafraseado generosamente. No obstante, hay suficientes ejemplos de esta descontextualización o lectura errónea como para equivaler casi a un estilo de citas, si bien el ocuparme de todos ellos alargaría exageradamente mi ensayo. Por ejemplo, al contrastar mi interpretación de la independencia de México con la de mi buen amigo y colega, Jaime E. Rodríguez O., Knight señala correctamente que yo me inclino a subrayar factores internos dentro de la Nueva España, mientras que los factores externos de Rodríguez se relacionan con la crisis política del Imperio español y con los esfuerzos para reformarlo.¹⁵ Empero, la oración (frase) que Knight entresaca de la página 409 de mi libro, va precedida por otra, que dice: “Sólo a nuestro propio riesgo podemos negar el importante papel que jugó la lucha política que se desarrolló en todo el Imperio”, y en este mismo pasaje sugiero que la fuerza de los acontecimientos externos se puso de manifiesto en la capacidad de la crisis política para detonar la insurgencia y, en su interior, la creciente frecuencia del tipo de alzamientos de los pueblos que tan extensamente ana-

¹⁵ El debate acerca de la prioridad de los factores internos o externos fue bien glosado por Knight, en general, y se hace eco de las diferencias que él mismo tuvo, hace algunos años, sobre cuestiones semejantes en la revolución mexicana, con John Hart y Friedrich Katz.

lizo en este libro. Knight prosigue un poco más adelante con una cita de mi libro (p. 144) donde observa mi afirmación de que las formas y los fines de la protesta del pueblo demuestran gran continuidad durante todo 1810. En lo sustantivo, ésa es mi opinión, pero el pasaje que Knight cita se refiere exclusivamente a los señores indígenas, no a los pueblerinos en general ni a los pueblos como unidades. Lo que yo quería dejar sentado aquí y en otras partes del libro es que, durante la insurgencia, los señores indígenas estuvieron escasamente representados en el liderazgo local, porque consideraban que se comprometían sus intereses y porque, con frecuencia, los habitantes del poblado desconfiaban de ellos. Más adelante, hay en el ensayo de Knight otro caso de mala interpretación, cuando cita varios pasajes del libro (pp. 144, 382 y 443) en los que, según él, describo los *tumultos* pueblerinos como “normales”; en este caso, Knight cita correctamente los números de las páginas y punto. En la pág. 144 la referencia “normal” no se refiere a los tumultos, sino al “ininterrumpido funcionamiento normal de los arreglos políticos y económicos del régimen colonial en el caso de los poblados” y al interés que en mantenerlos así tenían los señores indígenas. La mala interpretación se repite en la p. 382, donde se usan las palabras “normas” y “normal” para describir épocas de paz y el funcionamiento de las instituciones locales de gobierno, no tumultos. Otro error de interpretación se produce con referencia en la p. 443, donde, ciertamente, la palabra “normalmente” aparece dos veces y “normal”, sólo una, pero en el contexto de los mecanismos internos en el seno de comunidades, cuya función consistía en evitar la violencia. De modo que en los tres casos, Knight ha

encontrado en mi libro lo *contrario* de lo que realmente se dice allí, y el insistente comentario después de la citas de estos pasajes deja claramente sentado que su error de interpretación ha informado la totalidad de su crítica en este punto. No me refería a los tumultos en los pueblos como “normales”, sino sólo como comprensibles en términos de un modelo, patrón o repertorio de formas políticas. Como ya dije, hay buen número de casos en los que se repiten los errores de cita o de interpretación, pero prefiero pasar a los aspectos más sustantivos de la crítica del profesor Knight.

HIPÓTESIS DE MEDIANO ALCANCE

Alan Knight ha seleccionado cinco temas importantes de *The Other Rebellion* para su examen, planteando así interesantes cuestiones, y comparando mis ideas con las de varios académicos eminentes. Qué ironía que a este respecto, tengo menos que decir que en lo referente a cuestiones de enfoque, conceptos, estilo, etcétera, puesto que ya escribí el libro y es poco lo que puedo añadir que no esté ya incluido. En el libro se alude a los datos y marcos interpretativos de estos otros académicos, con algún detalle en el caso de dos de ellos (Nancy Farriss y John Tutino), con menos detalle, pero con gran seriedad en el caso de otros dos (Jaime E. Rodríguez y Peter Guardino): nuestros hallazgos difieren simple y sencillamente en cuestiones de importancia, y el volver a glosar nuestras diferencias carecería de sentido. Ello no obstante, Knight ha realizado una labor generalmente fidedigna al contrastar nuestras interpretaciones, de modo que los estudiantes de ese periodo

hallarán muchas cosas útiles en su cristalización de nuestras posiciones en relación con tal diversidad de cuestiones (aun cuando yo aconsejaría a aquellos lectores que todavía no conocen mi libro, que recurran al original en lugar de basarse en el resumen que el profesor Knight hace de sus principales argumentos). Quiero dedicar uno o dos párrafos nutridos a cada uno de sus cinco puntos, antes de pasar al examen final de sus impugnaciones de mis supuestos teóricos.

TESIS DE CONTINUIDAD

Una de las principales tesis de continuidad del libro es que las formas de los tumultos y protestas en los pueblos demostraron un alto grado de continuidad antes del estallido de la insurgencia en 1810, y después de él, si bien está claro que cambió el contexto de ese comportamiento.¹⁶ Ciertamente hay diferencias, como lo expongo, con amplitud (capítulos 15-17), pero el profesor Knight está en lo correcto al enfatizar la continuidad en contraposición con la ruptura en mi interpretación de la violencia rural. Esta continuidad es uno de los elementos que construyen mi argumentación de que los indígenas de los villorrios rurales que, como lo demuestro, comprendían un porcentaje mucho mayor de rebeldes acusados de lo que suele creerse (capítulo 2),

¹⁶ También en esta sección de su ensayo me cita Knight erróneamente al atribuirme la afirmación (en la p. 349 de *The Other Rebellion*) de que el contexto de la protesta popular cambió después de 1808. Lo que yo escribí allí se refería a “cambios en el contexto del lenguaje”, no a la protesta popular: corrección pedante, quizá, a no ser que uno crea que lenguaje y violencia son la misma cosa.

estaban poco involucrados ideológicamente —hasta cierto punto— con los proyectos del directorio criollo-mestizo de los movimientos insurgentes regionales y del que abarcaba a toda la colonia; de allí la “otra rebelión” que da título al libro. Encontré que la gente del campo tenía sus propios programas políticos y culturales, dirigidos principalmente a preservar la integridad de poblados en los que la doble hélice de la identidad política y la religión servía para ligar a los pueblos en comunidades estrechamente unidas, hasta cierto punto (aunque no impermeables), y de marcado carácter étnico. Knight también observa, correctamente, que a todo lo largo de mi libro pongo énfasis en éstos y otros aspectos internos del movimiento (o movimientos) independentistas, en vez de hacer hincapié en la crisis de la corona española, explorada en numerosos trabajos de Rodríguez y otros historiadores. Desde luego, no niego que los estratos superiores de la política precipitaron la insurgencia, por lo que es indispensable prestar mucha atención a los sucesos políticos externos, tan conocidos, que no hace falta repetirlos aquí. En lo que yo insisto es en que los orígenes de muchas de las protestas y de la violencia rural están en el impulso defensivo de la comunidad, y que esta situación se mantuvo vigente desde las últimas décadas del régimen colonial hasta la terminación de la insurgencia. Por muchos conceptos, la visión que Jaime Rodríguez tiene de la reforma imperial y de su crisis no es tan incompatible con mi propia interpretación de la violencia y la ideología populares como Knight parece pensar. De hecho, podemos compaginarlas si reconocemos que hubo reformas vacilantes y rupturas prematuras en los planos imperial y colonial, así como continuidad en el plano local,

al menos en lo que respecta a las comunidades indígenas. La cuestión estriba, más bien, en dilucidar de quién es el comportamiento observado —si de las élites políticas o de la gente común—, punto en el que se insiste, quizá demasiado en el curso del libro.¹⁷ La observación de Knight de que mi libro carece de una gran narrativa que abarcara ambas tendencias, es correcta hasta cierto punto, pero no corresponde al proyecto que yo me tracé al estudiar la insurrección popular. A decir verdad, no “disminuyo la importancia del activismo criollo”, pero sí impugno la fortaleza de la alianza entre clases y etnias en la insurgencia, aunque reconozco que tales movimientos tuvieron puntos de contacto, mayormente en el nivel de los grupos de mando. No creo que sea responsabilidad mía dar cuenta de *todas* las formas de acción colectiva, de *todas* las formas de protesta política, de *todas* las formas de conspiración, como tampoco Jaime Rodríguez se consideró obligado a explorar las formas populares de violencia política colectiva, limitándose a hacer una exposición fidedigna de cómo reaccionó una parte importante de la población rural de la Nueva España al estallar la insurrección, y de las metas que perseguían. Dado el peso demográfico y cultural de la población rural indígena en la Nueva España, ¿cuál relato es más importante? ¿Y acaso el relatar la historia de la participación subalterna o popular en la insurrección no ilumina

¹⁷ Este punto lo desarrollé más ampliamente en un estudio monográfico en mi artículo “De tempestades y teteras: crisis imperial y conflicto local en México a principios del siglo XIX”, en Leticia REINA y Elisa SERVÍN (coords.), *Crisis, Reforma y Revolución. México: historias de fin de siglo*, México, Taurus, Conaculta, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2001, pp. 161-208.

las ideas y suposiciones presentes entre los distintos grupos sociales cuando nació la nación mexicana? Yo creo que sí lo hace.

El profesor Knight señala correctamente (dejando atrás a Rodríguez en este caso) que durante la insurgencia ocurrieron muchas otras cosas, además de sólo tumultos en los poblados indígenas. Yo mismo reconozco tal cosa de manera explícita en la introducción del libro, así como a todo lo largo del mismo, y tuve el cuidado de situar espacial y socialmente los grupos que estudié. Casi todas las otras formas de protesta, inquietud social y rebelión presentes en la Nueva España durante la década de la insurgencia —sedición, criminalidad común, bandolerismo, acometidas entre ejércitos, etcétera, etcétera— son objeto de estudio en *The Other Rebellion* o en otros de mis trabajos publicados (en algunos casos, con gran detalle) como es el caso del papel de los actores no indígenas. En las páginas 28-29 del libro el lector encontrará una de las muchas afirmaciones en las que situó la violencia política de los poblados indígenas en su relación con el resto de la insurrección, y me tomo la libertad de citarme aquí con cierta extensión:

[D]os corrientes narrativas se abren camino a través del libro, cruzándose en unos puntos, mezclándose, y volviéndose a separar. Se les puede denominar, simplemente, “rebelión indígena” y “rebelión popular general”. Las fuentes de estas dos corrientes surgen en el siguiente capítulo, en el que se enuncia el perfil social empírico de la insurgencia popular, cuyo elemento más esclarecedor es la etnicidad. Pero, como resulta que cerca de la mitad de los insurgentes no eran indígenas, al

menos nominalmente, hay mucha rebelión popular que deberá exponerse fuera de los límites de los poblados indígenas y de las identificaciones comunitarias. Entonces, los no indígenas también reciben mucha atención, mayormente desde el punto de vista de la experiencia individual, más que del de la experiencia comunal, pero en modo alguno son, simplemente, "material extra" sobrante del interés central de los indios. Hubo diferencias importantes y discernibles en la experiencia insurgente popular de los indios y los que no lo eran, a algunas de las cuales se hace alusión (en el libro).

Mi argumento acerca de la participación de los indios del campo en la insurgencia, como lo reconoce Knight ("se trata, en el mejor de los casos, de una tendencia"), es fundamentalmente una tipología probabilista, más que rígida. Basándome en el análisis de rebeldes capturados que ofrezco en el capítulo 2, paso a insistir en la *probabilidad* de que la gente que presenta ciertas características sociales propende a comportarse de cierta manera: con seguridad, ése es el significado de "tendencia". Por supuesto, hubo indígenas que viajaron muy lejos de sus lugares de origen, permanecieron alejados por largos periodos de tiempo, y su participación en la rebelión fue más prolongada que los periodos relativamente breves durante los cuales afectaron su localidad, al igual que hubo mestizos y españoles que se quedaron en casa. El hecho de que yo haya singularizado a los indígenas que habitaban en las zonas rurales no significa que fueran los únicos actores políticos en escena entre 1810 y 1821, como me he esforzado en explicar. Ciertamente, el contexto local, regional y total de su tradicional repertorio de comportamientos políticos cambiaba cierta-

mente a su alrededor; en cambio, el significado de ese comportamiento *colectivo*, cambiaba muy poco *para ellos*.

CURAS

The Other Rebellion demuestra claramente que si bien numerosos párrocos participaron activamente en la insurrección en uno u otro momento, algunos de ellos (como el padre Correa) durante muchos años, la gran mayoría se mantuvo fiel, al menos en apariencia, al régimen colonial, o bien pasiva y sin declararse simpatizante de la rebelión, si es que lo era. En los capítulos 10-13 expongo una gama de opiniones, actividad política y relatos biográficos de los curas rurales, en particular. Una de mis conclusiones generales fue que si los eclesiásticos rurales resultan menos evidentes en la rebelión de lo que pensábamos, y menos prominentes como dirigentes, hay más razones para pensar que las rebeliones de los pueblos fueron el resultado de procesos internos dentro de las comunidades, más que una suerte de histeria colectiva “fomentada” por curas rurales desleales. El profesor Knight disiente de mi conclusión por dos razones: la primera, que incluso si el número de sacerdotes insurgentes jamás excedió de 20-30% del clero rural, de todos modos resultaba un número desproporcionadamente grande en comparación a otros grupos sociales u ocupacionales, identificables en las postrimerías de la Nueva España; la segunda, que demuestro excesivas pretensiones de originalidad por estos hallazgos, dado que eso que yo califico de “sabiduría convencional” en el caso de los clérigos insurgentes, ya no prevalece.

La forma como se presentan estos hallazgos en mi libro deja claramente sentado, de hecho, que el peso del primer

alegato, y su capacidad para sorprender, se fundan mucho en la validez del segundo alegato, que en la historiografía se ha exagerado la participación de sacerdotes en la rebelión. Por lo que respecta a la primera crítica de Knight, yo sostengo mi conclusión, y declaro que no era la política clerical lo que constituía mi principal interés, sino las relaciones de los sacerdotes con sus feligresías, campesinas, y su potencial como líderes cuando tomaron las armas. Al exponer su segundo punto, Knight parece dar por sentado que yo me muestro grandilocuente al reclamar la originalidad de mis hallazgos acerca de los sacerdotes; que trato, al parecer, de erigir un hombre de paja que ya fue demolido por las investigaciones de William B. Taylor en el impresionante libro que publicó en 1996, *Magistrates of the Sacred*. A esto daré dos respuestas. La primera, que mi propio libro se concentra mayormente —mucho más que el de Taylor— en los clérigos rurales rebeldes o no rebeldes, ya que él se interesaba principalmente en las relaciones “normales” (de nuevo esa palabra) entre el sacerdote y sus feligreses en las postrimerías del periodo colonial. La segunda, que sostengo mi afirmación de que esta especial “sabiduría convencional” u hombre de paja —la abrumadora participación de los sacerdotes en la dirigencia insurgente—, en todos los niveles sigue muy viva y presente en la historiografía del periodo 1810-1821. Habiendo sacado de mi biblioteca, al azar, varios libros que tratan de ese periodo, encuentro que sus autores se alinean decididamente detrás de la noción de que gran número de sacerdotes (quizá la mayoría —los autores se muestran siempre vagos en cuestión de números) participó en la rebelión, que su papel en el liderazgo insurgente fue indebidamente prominente,

y que el libro de Nancy Farriss, publicado hace 35 años, es la fuente que se debe consultar.¹⁸ Por el contexto de tales afirmaciones está claro que los autores tienen en mente más clérigos, y no sólo a Miguel Hidalgo, José María Morelos y otros clérigos muy visibles, aunque parecen extrapolar de la presencia de estas figuras heroicas la cuestión más amplia de la insurgencia clerical.

Por cierto, que es así como se veía la “sabiduría convencional”. El hecho de que estos autores tengan en mente una participación sacerdotal de 20, 50 u 80%, tiene menos importancia que la cuestión general, a saber, que parecen atribuir al clero rural un papel que no está en concordancia con los datos, una versión de la historia alimentada por constantes repeticiones.

¹⁸ Ordenadas por fecha de publicación, dichas obras son: Guillermo BONFIL BATALLA, *México profundo: una civilización negada*, México, Grijalbo, 1987, p. 148; Ramón Eduardo RUIZ, *Triumphs and Tragedy: A History of the Mexican People*, Nueva York, W. W. Norton and Company, 1992, pp. 151-152 (“El clero menor, rechazado por su [sic] jerarquía, expresaba la angustia popular”); Peter F. GUARDINO, *Peasants, Politics, and the Formation of México's National State: Guerrero, 1800-1857*, Stanford, Stanford University Press, 1996, pp. 53-56; Juan ORTIZ ESCAMILLA, *Guerra y gobierno: los pueblos y la independencia de México*, Madrid, Sede Iberoamericana de la Rábida, Universidad Internacional de Andalucía, 1997, p. 40 (“La magnitud del movimiento se debió a la presencia de los curas, punto de contacto entre los jefes rebeldes y los pueblos”); y los recientes libros de texto para los estudiantes universitarios en Estados Unidos: Douglas W. RICHMOND, *The Mexican Nation: Historical Continuity and Modern Change*, Upper Saddle River, N. J., Prentice Hall, 2002, p. 113 (“Los mal pagados sacerdotes apoyaban una forma temprana de nacionalismo mexicano y participaron activamente en la lucha por la independencia”); e Ida ALTMAN, Sarah CLINE y Juan Javier PESCADOR, *The Early History of Greater Mexico*, Upper Saddle River, N. J., Prentice Hall, 2003, pp. 353, 356-357.

DIVERGENCIAS

Tal y como el profesor Knight lo entendió, correctamente, hubo cuando menos dos (si no es que más) rebeliones simultáneas en la Nueva España, en la década de 1810-1821. Una centrada en una ideología de patriotismo criollo (frase original de David Brading)¹⁹ ligada a una tradición revolucionaria atlántica y encarnada en el afán de construir una nación; la otra, un movimiento popular que se centraba, mayormente, en la defensa de comunidades étnicas locales —es el punto central de mi libro, como atinadamente lo entendió el profesor Knight.²⁰ Repito que desarrollé este argumento de manera tan completa en el libro mismo y en otros escritos ya publicados, que carecería de propósito una reexposición detallada de mi argumentación. Knight optó por subrayar, ante todo, la diferencia ideológica que tracé entre los rebeldes del pueblo y los de la elite, dejando fuera del cuadro —casi totalmente— la recurrente explicación que doy en el libro de la unión entre etnicidad e ideología. Además, ha concentrado su fuego mayormente sobre mi descripción de las mesiánicas expectativas populares y su ingenuo monarquismo. Sospecho que separó etnicidad de ideología, como también la deja fuera de mi

¹⁹ David A. BRADING, *The First America: The Spanish Monarchy, Creole Patriots, and the Liberal State, 1492-1867*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

²⁰ Para una exposición de la ideología criolla según la tradición revolucionaria atlántica, véase mi ensayo “‘To Throw Off a Tyranical Government’: Atlantic Revolutionary Traditions and Popular Insurgency in Mexico, 1810-1921”, en Michael A. MORRISON y Melinda ZOOK (eds.), *Revolutionary Currents: Nation Building in the Transatlantic World*, Nueva York, Rowan and Littlefield, 2004.

“tesis comunitaria”, a fin de plantear preguntas acerca de las razones para que las líneas de transmisión ideológica entre los rebeldes de la clase alta y los de la clase popular se hayan suprimido (aunque no totalmente, por cierto), y por qué muchos rebeldes y alborotadores pueblerinos no cambiaron de ideas bajo el impacto de la movilización, la politización llevada a cabo por medio de murmuraciones, la lectura, los sermones y otros métodos de información, el contacto con los criollos y otros líderes, etcétera, etcétera. Y si todo lo que estaba en juego en el campo ideológico, eran la distancia geográfica, el aislamiento, el analfabetismo, y las diferencias de clase, en tal caso, las tercas lealtades de los protestadores y rebeldes rurales a la identidad étnica de sus comunidades, y los antagonismos sociales que rodeaban la diferencia étnica, no constituyen una barrera tan seria para las alianzas entre clases o etnias distintas, que es la versión aceptada de la insurgencia. De conformidad con esto, Knight parece necesitar cambios instantáneos de creencias ideológicas, y la virtual homogeneidad en tales creencias, como prueba de mi afirmación de que las barreras ideológicas eran porosas y de que sí ocurrieron cambios en el pensamiento político popular, pero paulatinamente. En resumen, parece que anda en busca de una cultura política que pudiera haber existido en los comienzos del siglo XX, cuando estalló la revolución de 1910, porque no era evidente un siglo antes.

Al desarrollar su caso contra la tesis de la “divergencia”, Knight se embarca en un habilidoso juego que distorsiona buena parte del argumento de mi libro. Al contrastar mis opiniones acerca de la independencia de México con las de Peter Guardino, por ejemplo, Knight trata de cambiar las

bases de mi argumentación, de la cuestión de la presencia o ausencia, en la esfera ideológica de los pueblos, de alguna especie de sentimiento nacionalista o proto-nacionalista —los comienzos de una “comunidad imaginada”, según la famosa frase de Benedict Anderson—²¹ a la de la toma de conciencia (*prise de conscience*) republicana, como la imagina Guardino entre los aldeanos de Guerrero. Knight pregunta retóricamente qué tan diferente puede haber sido esta región, en su composición étnica y social, de las áreas indígenas densamente pobladas que yo estudié en la parte central del país, y sugiere que, probablemente, las diferencias eran insignificantes. Guardino, sin embargo, encuentra que la presencia indígena en los poblados, si bien considerable en algunos distritos, como Chilapa, no era muy densa en otros lugares.²² Esto nos permite deducir, razonablemente, que la estructura social y, por tanto, la cultura política en dicha región de la Nueva España, tenía ciertas peculiaridades locales que no se observan en el centro de México y que, por tanto, no pueden adjudicarse a otras regiones de manera tan promiscua como lo pretende Knight. Hasta cierto punto, podemos acomodar el republicanismo popular dentro de los tradicionales arreglos políticos de los poblados rurales, sean o no indígenas; la ciudadanía en una organización política más amplia sería otra cosa, y la conciencia de pertenecer a una nación necesitaría el desarrollo de lealtades extracomunitarias hacia niveles más altos aún. Sin lugar a dudas, para mediados del siglo XIX, más o me-

²¹ Benedict ANDERSON, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1991.

²² Peter GUARDINO, *Peasants, Politics and the Formation of Mexico's National State*, pp. 20 y ss.

nos, se produjeron cambios en las formas del pensamiento político popular, así como en los horizontes de sus lealtades, como lo demuestran la obra de Guardino y la de Florencia Mallon, entre otros historiadores.²³ Pero no hace falta explorar tales puntos, ni convertirlos en problemas, ni imputarlos a periodos anteriores, donde no tienen cabida. Es muy probable que la conciencia política popular más amplia fuera facilitada en las primeras décadas que siguieron a la independencia, por diversas causas: la llegada al México rural de medios impresos y cierto incremento en los niveles generales de conciencia de la política, propiciada por las guerras del siglo XIX, la movilización de las milicias, el incremento de las relaciones comerciales, y así por el estilo. Además, Knight me malinterpreta incluso habiendo aprobado mi rechazo de una visión "pavloviana" del pensamiento y la acción políticos populares, pues implica que levanté otro hombre de paja y luché para derribarlo a fin de dejar sentada mi propia originalidad. De hecho, la referencia "pavloviana" se ocupa explícitamente de la idea de que los indios, en particular, se arremolinaron ante el estandarte con la virgen de Guadalupe, otra perogrullada (como la de la participación clerical en la rebelión) que encontraremos constantemente en la literatura que trata de la independencia; no pretendí nada más al exponer mi idea de una acción política reflexiva por parte de la gente del común.

Permítanme ahora volver mi atención, brevemente, a la discusión que hace Knight de mi exposición del mesianis-

²³ Florencia E. MALLON, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1994.

mo y el milenarismo en el campo mexicano durante este periodo. No recuerdo haber escrito alguna vez que las expectativas mesiánicas "saturaban" el pensamiento popular, sino únicamente que era un elemento importante y extendido de ese pensamiento. Tampoco usé el término "monarquismo ingenuo" en relación con el sentimiento mesiánico profesado a Fernando VII, con aires de condescendencia; se trata simple y sencillamente de un término de arte que utilizan los estudiantes de los movimientos monarquistas populares, y que con frecuencia carecen del aparato ideológico de sus homólogos de la élite. Knight afirma que exageré el alcance y profundidad de este fenómeno (aunque debo admitir que gocé mucho con su metáfora del chile texano), pero sucede que, simplemente, interpretamos la evidencia de distinta manera. Los ejemplos presentados en el libro datan no sólo del periodo preinsurgente y no sólo provienen del norte y del sur de México, sino también de la década misma de la insurgencia, y de todas las regiones del centro del país. Si hubieran estado muy concentradas espacialmente, habría tal vez razones para desecharlas, pero no es así. Yo he supuesto que donde se observan fuertes humaredas que abarcan un área extensa, hay fuego (aunque se trate de un fuego subterráneo), sobre todo si la expresión de tales sentimientos pasó desapercibida la mayor parte del tiempo.

Como ocurre con otros elementos de mi interpretación del pensamiento y la acción populares, no puede considerarse como prueba razonable la homogeneidad de la ocurrencia a lo largo del espacio y el tiempo, con la consistencia de una especie de manta. Los casos que cito de sentimientos y declaraciones antimonárquicos e incluso

regicidas demuestran, simplemente, esa falta de homogeneidad ideológica, y habría sido poco honrado suprimirlos con el pretexto de embellecer el cuadro.

COMUNITARISMO

Alan Knight resume sucintamente, y bien, el argumento central de *The Other Rebellion* acerca del papel de las comunidades rurales, predominantemente indígenas, en la década de la insurgencia, aun cuando, al sacarlo del contexto general del libro, ha distorsionado en cierto modo mis afirmaciones acerca del comunitarismo.

En modo alguno afirmé que mi descripción de la acción popular colectiva fuera válida para toda la Nueva España; antes al contrario, la clasifiqué cuidadosamente a fin de aplicarla a regiones, agrupaciones de comunidades y pueblos individuales configurados por una densa población indígena. Mi evidencia abarca la mayor parte de las regiones centrales, las más densamente pobladas de la Nueva España, mucho más allá del valle de México, y por lo tanto puede aplicarse ampliamente. Es el propio profesor Knight quien ha tratado de forzar mi modelo en una capa procrustea de "todas" las aldeas rurales de "todas partes", lo que da como resultado un obvio desajuste si no se toman en cuenta las diferencias étnicas, culturales y sociales, como lo vimos proceder cuando comparó mis datos e interpretaciones con los de Peter Gaurdino en el caso de Guerrero. Supongo que tal homogeneidad sería un elemento de la "gran narrativa" de Knight, pero no refleja la realidad. El aspecto borroso de las diferencias locales y regionales es, precisamente, el propósito de la gran narrativa,

que sacrifica la descripción puntillosa para lograr una imagen más amplia, bastante simplificada; para ciertos propósitos es válido, pero puede oscurecer más que aclarar.

Cuando acuña el complicado término "individualismo metodológico comunitario" para describir mi enfoque, Knight señala, correctamente, que me basé en un torrente de pruebas anecdóticas acerca de individuos para crear un cuadro de acción colectiva en un nivel comunitario. Al parecer considera esto poco convincente y sugiere que mi concentrada atención en disturbios en pueblos pequeños y en otras formas de violencia política tergiversa los resultados de la investigación, haciendo del poblado la estrella de la historia, amplificando exageradamente la importancia de la violencia política en los poblados, y orienta el análisis, desproporcionadamente, hacia la población indígena rural y la tesis comunitaria. Por el contrario, el perfil social de los insurgentes que trazo en el capítulo 2 del libro me llevó, de hecho, al estudio del desasosiego de los pueblos al interior de la insurgencia, y no una idea preconcebida acerca de la indianidad o el comunitarismo. Además, hay poquísima evidencia detallada acerca de los rasgos sociales característicos de los insurgentes, salvo lo que encontramos en esa especie de registros de arrestos y juicios que examiné, o en la documentación acerca de disturbios locales. Al parecer, Knight preferiría relatos de "ejércitos" y "batallas" en los que la descripción de los combatientes consistiría probablemente en declaraciones tan poco útiles como "una chusma de indios". Si esto es gran narrativa, prefiero el puntillismo. Knight también observa, correctamente, que las comunidades no daban testimonio explícito como colectividades, de modo que sus motivos como enti-

dades sociales deben leerse en sus acciones. Ambos vemos en esto un problema metodológico, pero en tanto que Knight considera la inferencia del motivo de las propias acciones un procedimiento riesgoso y que, por tanto, es mejor evitar, yo considero que es la única manera de proceder al análisis de la participación popular en la insurgencia. Ante la ausencia de una declaración explícita acerca de resentimientos económicos, Knight no tendría dificultad, por ejemplo, para explicar el ataque a una hacienda causado por cuestiones de dinero (más acerca de esto en la siguiente sección), o sea, que infiere el motivo de la propia acción, basándose en supuestos materialistas; yo no hago más que cuestionar este supuesto y aplicar otra posible alternativa para la inferencia.

¿Presenta *The Other Rebellion* a las comunidades reales como lisas, impermeables y solidarias como bolas de billar, según parece sugerir Knight? No lo creo. En el libro y en otro trabajo mío me he esforzado en describir las facciones políticas internas, las *vendettas* familiares, la jerarquía social, diferenciación en niveles de poder determinados por la edad, las diferencias de fortuna y otros tipos de tensión dentro de las comunidades.²⁴ De hecho, el tema central del libro toma en consideración tales características al sugerir que la participación rural indígena en la insurgencia fue con frecuencia la respuesta a tales tensiones, un

²⁴ Véanse, por ejemplo, de Van Young, "De tempestades y teteras", y Eric VAN YOUNG, "Conflicto y solidaridad en la vida de los pueblos indios: la región de Guadalajara a fines del periodo colonial", en el libro de Van Young, *La crisis del orden colonial: estructura agraria y rebeliones populares en la Nueva España, 1750-1821*, México, Alianza Editorial, 1991, pp. 273-302.

intento, por parte de un grupo o facción dentro del pueblo, de ganar influencia política sobre un grupo competidor. En el seno de la comunidad, esto podía considerarse como una apropiación oportunista del poder, y con frecuencia era tratado como tal por otros miembros de la comunidad, como lo demuestro en el libro (capítulos 15, 16 y 17), mientras que desde el exterior era visto, con frecuencia, como una maniobra defensiva a favor de la integridad del pueblo —étnica, religiosa, material, política— contra fuerzas disolventes que para los miembros de una facción estaban coludidas con sus oponentes. ¿Y qué decir de las pruebas que da el libro de alianzas supra-locales (lo que Knight denomina “extra-atómico”), interacciones emprendidas por los pueblos rebeldes y sus moradores? En ningún momento niego que tales cosas hayan ocurrido: después de todo, había una insurgencia de mayores proporciones que avasallaba al país, y los levantamientos de los pueblos indígenas la marcaban en muchos puntos. Como dije antes, cuando hablé del perfil social de los insurgentes, propuse un modelo que es más probabilístico de lo que Knight considera aceptable. Siempre habrá casos que no concuerden o casos que no encajen perfectamente en las propuestas interpretativas centrales, como sucede con el ataque de 1811 a la hacienda de Nuestra Señora de Guadalupe, al que Knight dedica mucha atención. Empero, creo que es parte de mi tarea, como historiador, señalar tales casos, en lugar de ocultarlos. Lo más importante es dilucidar si hay una tendencia hacia cierta forma de comportamiento que surja con mayor frecuencia que otras —con frecuencia suficiente como para definir un patrón predominante—, aun cuando dicha tendencia tenga que ser desa-

rrollada según el enfoque metodológico “individualista” que Knight critica. En este caso concreto, no está claro para mí si Knight me pide que explique todos y cada uno de los incidentes ocurridos en la Nueva España, o bien que construya una especie de gran narrativa que vele tales diferencias a favor de las generalidades que para mí son indefendibles e incluso carentes de interés.²⁵

Por último, en su crítica de mi interpretación de la acción política de los pueblos, Knight vuelve a resaltar la etnicidad, como lo hace en otras partes de su ensayo, excepto en la última frase de la sección acerca de la tesis comunitaria. Pregunta si la comunidad es válida como unidad de análisis, *en lugar de* clase, región, etnicidad (que desdeña en el curso de sus comentarios, mayormente, al parecer, en favor de clase), u otra especie de colectividad. Pero, el

²⁵ Si bien Alan Knight ofrece una interpretación razonable del relato del ataque a la hacienda Nuestra Señora de Guadalupe en 1811, que según él intento “recatar” para mi tesis comunalista, se tomó ciertas libertades de mi relación, como lo hace en otras partes de su ensayo. Los indígenas del cercano pueblo de Santa Mónica (por cierto, había quince o veinte de éstos, y no los once que erróneamente ha mencionado Knight [*The Other Rebellion*, p. 129]); se comportaron en ciertos aspectos como si tomaran parte en un tumulto pueblerino, y como cabría esperar que se comportaran fuera de su pueblo. No repetiré todo el episodio, pero citaré mi conclusión acerca de ello (p. 130).

Lo digno de énfasis es la naturaleza notablemente *colectiva* de la participación de los habitantes del poblado en el incidente: el pequeño núcleo de hombres involucrados, sin lugar a dudas, se dirigió a la hacienda, juntos observaron la acción o participación en ella, juntos volvieron al pueblo [...] y juntos lo negaron todo, salvo un ligerísimo grado de complicidad en el episodio (énfasis en el original).

No equiparé su conducta con un levantamiento pueblerino, pero sugerí que el estilo de vida del poblado condicionaba fuertemente su actuación en otro ambiente.

punto que definiendo en mi libro, es que las comunidades no tienen por qué ser elegidas como la principal unidad de análisis en oposición a la etnicidad. Existían comunidades marcadas por su etnicidad, en la que la identidad racial y la lealtad al poblado estaban firmemente unidas, junto con la práctica religiosa, e incrustadas en una sociedad colonial con divisiones y tensiones étnicas que databan de antiguo. La preferencia de Knight por el análisis de clase sería válido un siglo después, en una revolución mexicana en la que la cuestión étnica estaba más atenuada, pero no tiene sentido en el periodo de la independencia.

ECONOMISMO

Me ocuparé del enfoque supuestamente “anti económico” de mi libro tan brevemente como lo hizo el profesor Knight. Está en lo cierto al calificar mi enfoque como una crítica de la interpretación materialista de la insurgencia popular, prevaleciente. No deseo discutir nuevamente la terminología. Ya me ocupé antes del término “estructuralista”, y no alcanzo a comprender por qué razón el calificar de “materialista” un esquema explicativo es incompatible con la atención a las condiciones “agrarias”, a las quejas “agrarias” o a los proyectos “agrarios”. Knight parece sugerir, una vez más, que *The Other Rebellion* hace un hombre de paja de la prevaleciente interpretación materialista de la insurgencia, sólo para derribarlo. El audaz y sugestivo libro de John Tutino, que enfatiza el conflicto económico rural, propone un modelo de compresión y descompresión agraria cíclica; aunque ya tiene veinte años, sigue siendo ampliamente citado (como debe ser), incluso por el

propio Knight en su reciente trabajo acerca del periodo colonial.²⁶ Knight cita con aprobación el libro de Brian Hammett, del mismo año que el de Tutino (1986), que, a su juicio, subraya la política y el regionalismo como los factores importantes de la lucha independentista, más que las cuestiones económicas, *per se*. Con todo, cabe preguntarse qué propugnan los modelos de levantamientos revolucionarios que enfatizan la política y el regionalismo, y si es o no verdad que, en última instancia, describen las disputas acerca del control de los recursos económicos entre las élites y otros grupos, e incluso entre las élites mismas. ¿Se les suele proponer, típicamente, como entidades autónomas o, en lugar de esto, como complejas estructuras de mediación que ligán las metas materiales a la acción individual y colectiva? Yo no veo que Hammett proponga la autonomía del Estado ni la importancia primordial de las identidades regionales. Se ha insistido mucho en que la vida política, con sus rituales de poder, recompensas jerárquicas e instrumentos para obligar a otras personas a plegarse a nuestra voluntad, es por cierto una entidad autónoma de acción humana, no necesariamente enraizada en el interés material.²⁷ Si bien esta interpretación puede aplicarse a un sector de la élite criolla de la Nueva España, no creo que el control sobre el Estado, *como tal*, fuera cuestión de importancia para la gente común en la lucha insurgente, salvo en la medida en que buscaban defender sus comunidades; tal es el objetivo de mi libro, y ofrece un

²⁶ Alan KNIGHT, *Mexico: The Colonial Era*, especialmente pp. 283 y ss.

²⁷ Acerca del estado moderno, por ejemplo, véase James C. SCOTT, *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition have Failed*, New Haven, Yale University Press, 1998.

fuerte contraste entre los criollos insurgentes y la gente del común.

En cuanto a la existencia de problemas agrarios y de proyectos agrarios entre los insurgentes rurales, en especial los pueblos indígenas, Knight parece estar de acuerdo conmigo en que la década de la insurgencia vio mucho de los primeros, pero poco de lo segundo. Como lo señala, ofrezco en el libro muchas pruebas acerca de la tensión económica y los problemas agrarios en muchas regiones de la Nueva España durante el medio siglo, más o menos, que llevó a 1810, lo cual dividí en factores en mi esquema de explicación. Sugerí que en tiempos normales (es decir, antes de la insurgencia), los conflictos de tierras que involucraban a indígenas y a otros pobladores rurales formaban una especie de canal legal y sumamente reglamentado en el que estaba contenido el conflicto étnico y cultural, el cual se salió de su cauce con el advenimiento de la insurrección y asumió formas cuyo enlace con los problemas económicos no era obvio. De hecho, el plan original de mi investigación para el libro llevaría tres o cuatro importantes estudios monográficos regionales, a fin de aclarar cómo fue que las presiones agrarias llevaron a la rebelión, de manera hartamente reflexiva.²⁸ Si hubiera seguido adelante con este plan, *The Other Rebellion* habría sido un libro más del gusto de Knight. Pero, al examinar la documentación contenida en los archivos me encontré muy pronto con dos

²⁸ Las tres regiones monográficas que me proponía incluir en mi obra eran la de Guadalajara, sobre la que yo había escrito. VAN YOUNG, *La ciudad y el campo en el México del siglo XVIII: la economía rural de la región de Guadalajara, 1675-1820*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, la región azucarera de Morelos y las tierras altas de la Huasteca.

problemas que parecían bloquear esta senda. En primer lugar, hallé poquísimas evidencias de que los conflictos agrarios ocuparan el lugar más importante en la lista de problemas de los insurgentes del común. En segundo lugar, habiendo tomado esta determinación quedaba claro que al encerrar la rebelión popular en la camisa de fuerza de las estructuras agrarias regionales, quedaría eliminada la experiencia de esa gente del común que yo trataba de rescatar, al sustituir con supuestos materialistas acerca de su comportamiento las ideas acerca de cultura, identidad y comunidad que, a mi juicio, impulsaron a la mayoría de esas personas. Si bien estoy de acuerdo con Knight en que puede trabajarse provechosamente con las variantes regionales de la insurgencia (Peter Guardino realizó un excelente esfuerzo a lo largo de estas líneas, por ejemplo, al igual que muchos otros historiadores), mi obra siguió otra dirección, sin que por ello disminuyera su fuerza explicativa.

SUPOSICIONES TEÓRICAS

Para concluir su ensayo, Alan Knight me critica de manera explícita por haber cometido la herejía (palabra mía, no suya) de “invertir el modelo base/superestructura, con ‘cultura’ en el fondo y ‘economía’ en la cima”. Aun cuando esto no es estrictamente exacto, se acerca a mi posición teórica en *The Other Rebellion* lo bastante como para encapsular crudamente lo que yo traté de hacer en el libro. No me siento atado al clásico arreglo base/ superestructura de la teoría marxista, y fui a donde la evidencia me condujo. A más de esto, prefiero mantenerme en la afirmación

que Knight me atribuye, correctamente, a saber, que la explicación más común de la rebelión rural, de masas, campesina o indígena —o como se le quiera llamar (y los términos no son sinónimos, en manera alguna)— en la historiografía es de carácter económico.²⁹ Hay algo importante que limita esta afirmación, y que pasa como un hilo rojo a todo lo largo del libro, desde el título hasta la última página: yo me ocupo de la rebelión *popular*, no necesariamente de la acción de las élites. Es muy probable que los grupos de élite (y se trata de una categoría social de reconocida complejidad, a la que no se hace un favor con una exagerada generalización sobre su composición) lucharan por la autonomía política de la Nueva España dentro del imperio español (Rodríguez), por la consecución de una patria criolla (Brading) o para asegurarse la posesión de los recursos económicos (Tutino, hasta cierto punto), pero la explicación de su comportamiento no tuvo mayor parte en mi proyecto de investigación. Lo que sí pude “probar” (de nuevo, en un sentido probabilista) es que los grupos populares no perseguían necesariamente las mismas metas. Co-

²⁹ Knight se muestra perceptivo al señalar que algunas de mis pretensiones (implícitas) de que persigo una suerte de trayectoria conceptual original en el campo de la historia cultural pueden sonar ahora un tanto huecas, puesto que esto es lo que hacen numerosos eruditos. Y está en lo cierto al señalar que, en este sentido, el campo de la historia de México —al menos en Estados Unidos— me alcanzó mientras *The Other Rebellion* era escrita y publicada. Por otra parte, no veo en el horizonte otras obras que se ocupen del periodo de la independencia o de la revolución mexicana (al menos en su fase armada), desde la clase de perspectiva cultural adoptada por mí aquí, dado que los historiadores culturales suelen trabajar en escala más reducida y parecen huir de la violencia política.

mo tampoco es especialmente extraño el postular en dos registros diferentes las partes componentes de un estado en rebelión. Knight mismo lo hace con sus modelos de la rebelión agrarista y serrana durante la revolución mexicana, la primera esencialmente agraria y relativa a las tensiones económicas que soportaba la población rural, en tanto que la segunda fue esencialmente política y tuvo que ver con otro tipo de pueblos en un contexto cultural distinto, que luchaban para proteger el derecho de controlar sus propias comunidades e impedir la intervención del gobierno.

Finalmente, llegamos a la cuestión de lo que constituye la "prueba" de una interpretación, asunto éste muy polémico, que los historiadores seguirán discutiendo en los siglos venideros. ¿Acaso he sometido, nada ingenuamente, a una superior norma de evidencia (llamémosle así) las interpretaciones materialistas que intento sustituir o, si no sustituirlas (recuerden mi argumentación acerca de la sobredeterminación), entonces, al menos, hacerlas a un lado para dar lugar preferentísimo a la cultura? No lo creo. En ausencia de pruebas explícitas de un motivo económico de parte de los actores históricos, como ya lo sugerí, no resta sino una estructura de inferencias, establecida, profundamente arraigada, completamente naturalizada, heredada del pensamiento social del siglo XIX (e incluso anterior), para ligar los factores económicos a la acción humana, individual o colectiva. Los historiadores con inclinaciones culturales intentan dejar pasar algo de luz a este cuarto húmedo y oscuro. Al seguir este programa, no inventé en mi libro conductas que no pueda apoyar en pruebas presentes en los archivos —digamos, un anticlericalismo rampante entre la gente del común (algunas pruebas, pero no especialmente apremiantes), o un

aspecto fuertemente genérico de la lucha. Tampoco concedí a las pruebas mayor valor del que tenían (es decir, hacer mucho de lo poco), en el caso de las actitudes y prácticas culturales, tales como el mesianismo, según lo expliqué ya. Por último, creo que existen, de hecho, diferencias de concepto y de método que son parte de la investigación y exposición de la historia desde perspectivas materialistas y culturalistas, mucho más si se trata de la historia de grupos subalternos.³⁰ Actitudes y motivos son mucho más difíciles de discernir, que el nivel de los impuestos, las quiebras mercantiles, la frecuencia de los pleitos por tierras o las bajas en el campo de batalla. Y todo se agudiza cuando los actores históricos son analfabetas y dejan muy poco en material de documentos escritos, excepto cuando se topan con el Estado —clásico problema del historiador social. ¿Debemos suponer que esas personas no tenían ideas, sistemas de creencias, repertorios de entendimientos simbólicos o motivos personales que podrían ser de interés y podrían, también, ayudarnos a explicar su concepto de mundo y su comportamiento? ¿O debemos suponer (lo que equivale mucho a lo mismo) que las ideas y todo lo demás nunca serán accesibles y, por tanto, dejar pasar la oportunidad de expandir nuestra comprensión de momentos históricos tan importantes como fue la lucha de México por su independencia?

Traducción de Margarita Álvarez Franco

³⁰ En mi artículo "La pareja desapareja: breves comentarios acerca de la relación entre historia económica y cultural", en *Historia Mexicana*, LIII:3(207) (ene.-mar. 2003), pp. 831-870, examino esta cuestión, hasta cierto punto, en términos de la historiografía de México.